
Ricardo Güiraldes: Su proceso espiritual

En octubre de 1977 se celebró en el pago de Areco un homenaje en el cincuentenario de la muerte de Ricardo Güiraldes, fallecido el 8 de octubre de 1927, bajo el concepto de que «el hombre puede ser más que la obra, el escritor que el libro». Estas palabras las escribió Jorge Luis Borges en un artículo publicado en 1928, 'El lado de la muerte en Güiraldes' ¹. Borges, colaborador de Güiraldes en la revista *Proa* y amigo suyo, no ha sido el único que haya expresado ese sentimiento en relación con el poeta. Victoria Ocampo, amiga íntima del matrimonio Güiraldes, ha dicho:

Es difícil querer a alguien que se da por entero en sus creaciones y deja en ellas lo esencial de su ser. Salvo raros casos, queda tan poco de ese alguien fuera de su obra. A tí era difícil no quererte. Lo menos logrado de tus escritos conduce, por sus raíces, a algún rasgo de tu carácter; y en ese rasgo hay siempre una atracción de orden humano. En tí el sentir y el vivir prevalecían sobre la representación de lo sentido y lo vivido. ²

Este, repetimos, es el testimonio de alguien que conocía muy bien a Güiraldes. Para el lector de hoy, sin embargo, no hay más camino para acercarse al hombre que a través de sus obras. Es allí, en sus novelas y sus poemas, así como en sus apuntes y su correspondencia, donde podemos trazar, aunque imperfectamente, la trayectoria espiritual del escritor.

Si estudiamos sus obras cronológicamente, encontramos hasta en su primera obra publicada, *El cencerro de cristal* (1915), entremedio de las poesías jocosas y las invectivas a la luna, al estilo de Laforgue, algún indicio de preocupaciones más serias, aunque también escritas en tono jocosos. 'Póstuma', por ejemplo, demuestra la condición humana. La grandeza mundana, el genio, y hasta el amor no sirven para nada porque llega la muerte y lo barre todo:

*Y su alma de grande
Su cráneo de genio,
Su forma de hombre,
Yazcan sin nombre,
Santificados por el olvido.
Eterno nido,
De eterna gloria,
Fuera de historia.* ³

¹ *Síntesis*, Año II, n.º 13, Buenos Aires, junio de 1928, págs. 63 a 66.

² 'Carta a Ricardo Güiraldes', VICTORIA OCAMPO, *Sur*, nos. 217-218, Buenos Aires, nov-dic. de 1952, págs. 1 a 6.

³ *Obras completas*, EMECE. Buenos Aires, 1962, pág. 60. En adelante se referirá a esta edición como OC.

La inmortalidad, nos da a entender en este poema, es muy limitada. Al final, todo se olvida.

La muerte vuelve a ser tratada en «Tema grave» y en «El cotorro de los 'finaos'», y en «Carnaval de inmortales» parece jactarse el poeta de la inmortalidad, tal como la suele entender la gente, y la rechaza. En esta obra no profundiza Güirales en temas serios. *El cencerro* fue una especie de ejercicio literario en el que intentaba:

*Huir lo viejo
Mirar el hilo que corta un agua espumosa y pesada.
Arrancarse de lo conocido.
Beber lo que viene.
Tener alma de proa.*⁴

No obstante se percibe cierta preocupación por temas que iban a ser más importantes para él. En «La hora del milagro», el fauno que se une en éxtasis con Selenis, ansía la eternidad:

*El fauno eleva su alma, hacia las constelaciones y murmura ansioso de eternidad.*⁵

A través del amor físico el fauno se siente más en contacto con el universo. El deseo de buscar la eternidad mediante el amor lo expresará luego Güiraldes en *Xaimaca*.

En algunos de los *Cuentos de muerte y de sangre* surge el tema de la religión católica y la actitud de Güiraldes hacia ella parece ambigua. A veces parece que se ríe de los que tienen una fe simplista. *El pozo* cuenta la historia de un paisano que se duerme en el borde de un pozo y por la noche se resbala y cae dentro. Con mucho esfuerzo consigue subir hasta el borde. Ya sin fuerzas, y moribundo, divisa la figura de un gaucho e intenta llamarle. El gaucho, asustado por el aspecto del paisano, cree que es una aparición del demonio, y después de santiguarse, le tira una gran piedra que le da en la frente, haciéndole caer otra vez al pozo, esta vez herido de muerte. Las últimas palabras del cuento están llenas de ironía:

Ahora todo el pago conoce el pozo maldito, y sobre su brocal, desdentado por los años de abandono, una cruz de madera semipodrida defiende a los cristianos contra las apariciones del malo.⁶

Aunque indirectamente, critica el autor aquí la ignorancia y la superstición que son las que realmente matan al paisano.

En *La estancia vieja*, sin embargo, Güiraldes se burla muy suavemente de la fe sencilla de don Rufino. Después de rezar «por centésima vez» para que la Virgen mande lluvia a la estancia y al ver que no escucha sus plegarias, coge a «aquel idolito» y lo lleva al rodeo donde lo ata al palo. Es una especie de venganza del viejo. Piensa que en la frescura de la casa la Virgen no se da plena cuenta del valor y por eso no manda la

⁴ OC pág. 53.

⁵ OC pág. 88.

⁶ OC pág. 115.

⁷ OC pág. 127.

lluvia. Sus palabras a la imagen de la Virgen, antes de dejarla atada, son amenazadoras, aunque no por eso deja de besar su escapulario:

—Por Dios— dijo a la Virgen, mientras besaba un escapulario con estampa del Cristo que traía al cuello — Por Dios, que aí vah'a quedar embramada al palo hasta que hagás yover. ⁷

Don Rufino se ve recompensado. Llega la lluvia tan ansiada y todos los peones de la estancia, así como el propio don Rufino, creen que se debe a la intercesión de la Virgen, a quien ofrece sus devociones. No hay ironía en las palabras que utiliza el autor para describir esta escena:

La voz baja y monótona alterna con el coro; una profunda piedad se exhala de las almas sencillas. ⁸

Sin embargo sí existe ironía muy fina en la última descripción de la virgen:

Y la virgencita, muy oronda en su nicho, saborea esa nueva victoria sobre todos los otros santos del pago.

El uso del diminutivo («la virgencita») y el hecho de que victoria es solamente sobre «los otros santos *del pago*» minimizan cualquier importancia que se podría dar a ella.

En varios *Cuentos* aparece la figura de un sacerdote o fraile y la actitud de Güiraldes hacia el clérigo resulta crítica.

El *Sexto* un jesuita pilla a dos niños haciéndose caricias inocentes y «enfurecido por algo inexplicable», primero les chilla, asustándoles, y luego va a quejarse a sus padres. Resulta que la persona que mejor debería comprender y reconocer la pureza de los niños, consigue acabar con ella, porque después de los sermones los niños, «entrevieron el sexto mandamiento». El niño comprende que ha perdido algo, su inocencia:

El muchacho sintió que una gran ave blanca yacía a sus pies en desparramo inmundo de tripas sanguinolentas. ⁹

El sexto mandamiento también es el tema de uno de los cuentos de la *Trilogía cristiana, San Antonio (Castidad)*. La figura del santo es aún más equívoca que la del jesuita.

Influído por *La tentation de Saint Antoine* de Flaubert, escogió Güiraldes un episodio de la vida del santo, la aparición de una mujer desnuda quien, en el cuento de Güiraldes, seduce al asceta. Este se ve obligado, por su promesa de castidad, a castigarse duramente. El castigo, sin embargo, aunque doloroso, también le produce placer físico:

El penitente ríe, solloza, gime, presa de placer equívoco, en que se mezcla indescriptible angustia y desvarío. ¹⁰

Hay una clara comparación entre el santo y un cerdo que vive en el corral de la choza. Empieza a llover y el cerdo goza de la lluvia:

⁸ OC pág. 129.

⁹ OC pág. 138.

¹⁰ OC pág. 150.

El chanco, panza arriba, recibe gozoso el chaparrón, que tamborilea en su vientre, cuya piel tendida se ha vuelto, al tacto del agua, transparente y tersa como *nalga de angelito*.¹¹ (El subrayado es nuestro).

Y

Su boca, abierta, símil a una grieta en cónica proa de carne, ríe *beatamente*.

San Antonio, tumbado en el suelo:

es esclavo también del bienestar corpóreo.

El asceta tiene, nos da a entender Güiraldes, la misma sensualidad baja del cerdo. Por eso las últimas palabras del cuento están preñadas de ironía:

El demonio ha sido desalojado de su pecho, y Dios le ha dado la paz anhelada por los mártires.

San Antonio es el tercer cuento de la *Trilogía cristiana*. El primero es *El juicio de Dios (Equidad)* que presenta a Dios como un viejo más bien simple en un cielo lleno de angelitos «de carnes rosadas y puras». La figura de Dios es sumamente irónica:

Dios sonreía patriarcalmente; sentíase bueno de verdad.¹²

Varios mortales desfilan por «el tribunal benefactor» compuesto por:

Tres personas en una, que es Dios verdadero, los Padres y Santos por decreto eclesiástico y una veintena de zanahorias celestes para el servicio.¹³

«Los padres y santos *por decreto eclesiástico* y una veintena de *zanahorias celestes*» da un indicio del tono jocoso del cuento.

Todos vienen a ofrecer su concepto de Dios y a dar su opinión sobre su existencia. Todos dudan de que exista o no se deciden sobre su naturaleza, menos un viejo enfermo que cree ciegamente en dicha existencia. Para el filósofo:

El Padre, inexistente, sería la bondad en abstracto; Jesús, su hijo y representante hecho carne en la tierra.

mientras que para el poeta, Dios es:

El ideal de rebaño. El lugar común del ideal.¹⁴

Es un cuento sumamente ambiguo. No queda nada clara la postura del escritor. ¿Es su concepto de Dios el del poeta o el del filósofo? o ¿es la suya la actitud del doctor que niega rotundamente la existencia de Dios? Pensamos, teniendo en cuenta sus demás escritos, que ésta no es su postura; no obstante el cuento, frívolo y hasta cursi a veces, expresa en parte las dudas religiosas que podría tener el autor en esa época.

El segundo cuento de esta trilogía un tanto extraña, es *Güelé (Piedad)*. Cuenta la conversión al cristianismo de un cacique indio. El fraile que inicia a Güelé en el cris-

¹¹ OC pág. 151.

¹² OC pág. 139.

¹³ OC pág. 140.

¹⁴ OC pág. 141.